

II

Raquel Vázquez, ayudaba con el sueldo de dactilógrafa que ganaba en un importante estudio jurídico, a sus ancianos padres.

El viejito medio tullido, recibía una pensión militar como soldado de las guerras de la organización nacional. Vivían con la nerviosa viejecita, en una casa del suburbio que se llenaba de carcajadas, rezongos y arrullos, cuando Raquel regresaba por las tardes de su trabajo.

Era ella todo su amparo; marchaban sonrientes y resignados hacia su ocaso, depositando en aquella hija de sus amores, los últimos estremecimientos y las últimas ternuras de su vida.

Aparte de la numerosa clientela que desfilaba por el estudio del Dr. Gomenzoro, en el cual Raquel trabajaba, frecuentábalo un núcleo de jóvenes abogados aspirantes al primer pleito, y un no menos importante concurso de amigotes, quienes reunidos en el despacho del afortunado profesional, preparaban el siempre repetido e interesante programa de juergas de la noche.

De los visitantes de Gomenzoro, Wenceslao Roamer, era el más atento y cumplido con la joven dactilógrafa.

Jóven, elegante y bien parecido, había heredado de su padre, además de una saneada y ercida fortuna, la seriedad escandinava que traslucía en sus ojos azules, la honda y serena mirada.

Aunque tomaba parte en todas las diversiones organizadas por sus amigos, no solamente no llegaba jamás al exceso, sino que tenía el peligro, en su decir, de idealizar las aventuras siendo frecuentes sus eclipses con algunas damas, para regresar a los quince días de su estancia, con el hastío en la mirada y el rictus de ironía que contraía los labios en una mueca característica.

Gomenzoro que había notado la dedicación de Chalao, como le decían familiarmente, hacia su dactilógrafa, lo detuvo en una tentativa de abordaje con un lema de "alta moral".

—No ché. En la calle todo lo que quieras, pero en mi estudio "pas de programitas".

Lo cierto era que Gomenzoro no se convenía de que Raquel pudiera rechazarlo a pesar de sus regalos y los ascensos frecuentes de que la hacía objeto. Gomenzoro no quería creer al espejo que lo reflejaba adiposo, calvo, achinado, ridículo con aquel bello que se humedecía mientras lagrimeaban los ojillos fosforescentes, contemplando la nueca blanca de su empleada o